

LENGUAJE SEXISTA

¿TODOS NO SOMOS TOD@S?

EL LENGUAJE HA SIDO EL ESPEJO EN EL QUE SE HA REFLEJADO UNA SOCIEDAD HISTÓRICAMENTE MACHISTA, HA SIDO EL INSTRUMENTO QUE HA CANALIZADO TÓPICOS Y PREJUICIOS SOBRE LA MUJER. ESTE HECHO, QUE PARECE INCUESTIONABLE, HA ABIERTO EL DEBATE EN TORNO A SI ES NECESARIO QUE SE REFORMEN CIERTOS ASPECTOS DE NUESTRO SISTEMA LINGÜÍSTICO QUE EVIDENCIAN LOS CAMBIOS QUE HA EXPERIMENTADO LA SOCIEDAD EN TORNO A LA IGUALDAD ENTRE HOMBRES Y MUJERES. PORQUE, AL FIN Y AL CABO, EL LENGUAJE ES UNA CONSTRUCCIÓN SOCIAL, UNA CONSTRUCCIÓN SUBJETIVA E INTENCIONADA QUE PUEDE EVOLUCIONAR, Y QUE DE HECHO EVOLUCIONA. EL DEBATE, SIN EMBARGO, NO ES FÁCIL Y LOS CAMBIOS PLANTEADOS DIVIDEN A LOS PROPIOS LINGÜÍSTAS, PORQUE ¿TODOS NO SOMOS TODO@s?

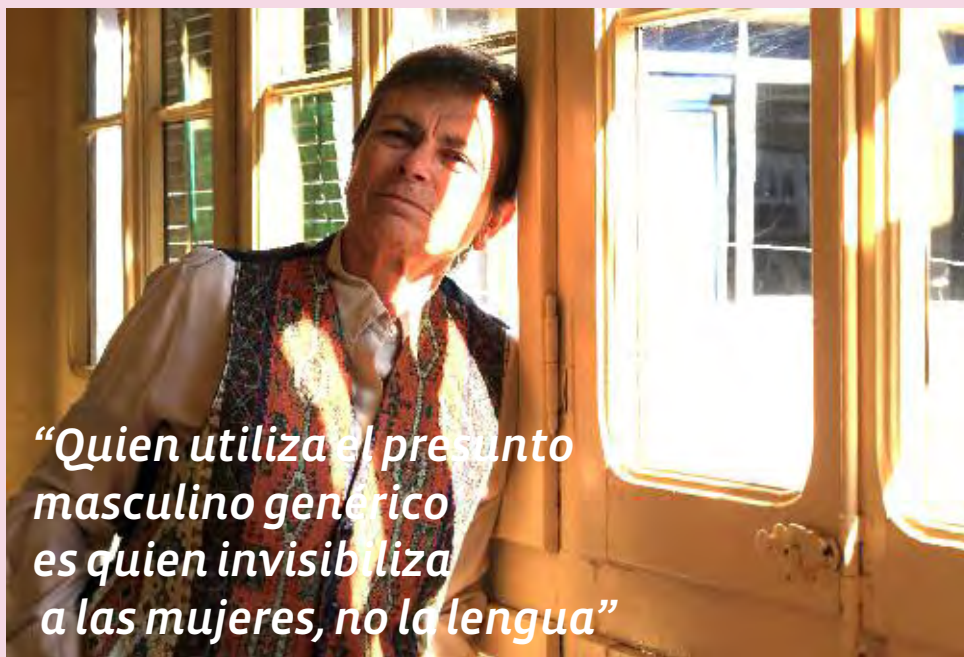
Texto: **Patricia Rodríguez Pagés** Fotografías: **Antonio Pérez - Laura Galán**



DOS LINGÜISTAS, DOS VISIONES

EULÀLIA LLEDÓ CUNILL

Doctora en Filología Románica, ha dedicado parte de su carrera profesional a investigar el sexismo y el androcentrismo en la lengua.



“Quien utiliza el presunto masculino genérico es quien invisibiliza a las mujeres, no la lengua”

CUENTA LA LEYENDA QUE, mientras Boabdil, el último rey nazarí de Granada, miraba el paraíso perdido, Aixa, su madre, le susurraba airada al oído: *No llores como mujer, lo que no has sabido defender como hombre*. Sin restarle épica a este conocido episodio de la historia o la leyenda de España, lo cierto es que esta famosísima sentencia (mil veces escuchada en las aulas españolas) revela cómo el lenguaje ha trasladado la tradición y la cultura a través de los siglos y, con ellas, todos los prejuicios y tópicos sobre la mujer. Y es que el lenguaje es la expresión del pensamiento, el modo en que los seres humanos representan y nombran el mundo y una de las formas más poderosas que tienen las personas para comunicarse y dejar testimonio de lo que son. Pero también es la forma en la que se habla y se escribe sobre lo masculino y lo femenino, la forma en la que se reproducen la imagen y las creencias que la sociedad tiene al respecto y el lugar que ocupan o deben ocupar hombres y mujeres en los distintos ámbitos de la vida. El lenguaje ha sido, de este modo, un importante instrumento de canalización de la cultura patriarcal durante siglos. “Mi educación, mi cultura y la visión de la sociedad tal como era, todo me convencía de que las mujeres pertenecían a una casta inferior”, aseguraba Simone de Beauvoir en *Memoorias de una joven formal*.

El lenguaje ha sido, por tanto, clave en el traslado y difusión de esa imagen sexista sobre la mujer: sólo hay que consultar el Refranero.

Mujer que sabe latín, ni tiene marido ni tiene buen fin.

La mujer, la pierna quebrada y en casa.

Llantos no se han de creer, de viejo, niño y mujer.

Refranes a parte, más allá de lo que se describe con el lenguaje, está lo que refleja la propia lengua, creada, obviamente, por personas. Por tanto, el debate abierto en la actualidad pasa por analizar si los y las hablantes hacen un mal uso del lenguaje utilizando de manera consciente palabras y expresiones machistas, o si el propio lenguaje es un sistema sexista, construido a lo largo de los años por una sociedad machista, que ahora necesita de ciertas correcciones y cambios para que pueda adaptarse a una nueva sociedad que apuesta por la igualdad entre hombres y mujeres. Puede que ambos planteamientos sean ciertos.

¿Es necesario que se aborden cambios contra el llamado lenguaje sexista o es ésta una discusión fuera de la esfera teórica? Los cambios se abordan por otros caminos, no necesariamente discutiendo con quien no los acepta, o no los ve. Los cambios vienen dados por muchas razones, entre otras, y no es la menor, porque las mujeres están en el mundo de otro modo y esto lleva como consecuencia que se vean, se denominen y se narren de otros modos. Y los cambios tienen lugar, algunos a una velocidad pasmosa. Visto desde ahora, parece mentira que hubiera un momento no tan lejano en que desde diferentes instancias se propusiera el masculino «ministro» para denominar a una mujer y se tildara a las personas que defendían lo contrario de locas de atar o poco menos que de analfabetas.

Por tanto, evoluciona positivamente el uso del lenguaje en relación con las mujeres. En efecto, evoluciona positivamente. Esto no quiere decir que esté todo el camino andado, o que sea un camino lineal.

Y como lingüista, ¿cómo percibe el sexismo en el lenguaje? La lengua ni piensa ni siente; por tanto, no se puede percibir sexismo en la lengua. Imaginémosnos que alguien dice algo así como «la gente pobre es tonta». A nadie se le ocurriría pensar ni por un momento que la culpa de tal dislate la tiene la lengua, que la lengua es clasista. La responsabilidad la ten-

dría quien afirmarse tamaña barbaridad. Cuando alguien hace una aseveración sexista, y por desgracia es posible oír las frecuentemente, el sexismo radica en el pensamiento o sentimiento de quien la dice; la lengua se limita a transcribirla. Cuando alguien decide que es más importante hablar de cómo van vestidas las ministras o de cómo tienen los labios y no de las políticas que implementan, la lengua es totalmente inocente de esta elección. Otra cosa son los usos sexistas de la lengua. Por ejemplo, citar en un mismo documento a las escritoras por el nombre y el apellido o sólo por el nombre y a los escritores por el apellido; es decir, no de forma equitativa, es un uso sexista. Citar en el ámbito de lo público a políticas por el nombre o el diminutivo, aunque no se las conozca personalmente, es otro. De todos modos, a nadie se le escapa que estos dos usos que acabo de citar son perfectamente prescindibles. La lengua ofrece un amplio abanico de usos no sexistas.

Precisamente, hay ciertos usos, como la duplicación del género -todos y todas-, que no ha sido del todo acogido por la comunidad de hablantes, pues se considera un uso artificial, ¿qué opina? Desde el momento en que la lengua es una construcción, todo en ella es artificial, no hay nada en ella natural. No veo, pues, de qué manera se puede criticar un uso diciendo que es artificial. Por otra parte, prefiero hablar de formas dobles que de duplicaciones (duplicar sería decir

INÉS FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ

Catedrática de Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid, ocupó en febrero la silla P de la RAE. Es la primera lingüista que aterriza en la Academia y la quinta mujer que, en la actualidad, tiene asiento en una institución fundada en 1713.



“No creo en los cambios en el sistema lingüístico impuestos por decreto”

Hace siglo y medio, los miembros de la Academia rechazaron a Gertrudis Gómez de Avellaneda con una carta donde se le comunicaba que en dicha institución no había “plazas para señoras”. ¿Con su nombramiento y el de sus otras compañeras académicas, la RAE ha abierto la puerta definitiva al cambio? Pienso que hay motivos para ser optimistas. La proporción de mujeres es ahora algo superior al 10%, cercana ya a la de catedráticas universitarias. Lo cierto es que una vez que el cambio comienza es lento pero inexorable.

¿Qué cree que aporta a la Academia la progresiva incorporación de mujeres? Desde el punto de vista técnico las mujeres hacen el mismo trabajo que los hombres. Se trata de adaptarse a lo que es la realidad de la sociedad actual.

Sin embargo, ¿cree que hay aspectos de la lengua que han quedado en un segundo plano por haber sido una institución históricamente copada por hombres? No especialmente. No que yo sea consciente. En la RAE hay muchas lexicógrafas trabajando. Si hay algunas definiciones que se han quedado anticuadas, ello no concierne sólo a lo relativo a las mujeres sino a otros muchos aspectos de la vida social.

Y ahora que tiene poder para hacerlo, ¿hay algún aspecto del lenguaje que mejoraría? La sensibilidad hacia la variedad lingüística como algo consustancial a todas las lenguas.

Como lingüista y académica, ¿cree que son necesarios cambios en nuestro sistema lingüístico (en la redefinición de palabras y acepciones, en asumir el desdoblamiento de género en todas las profesiones...) para que el español refleje más la igualdad entre hombres y mujeres, o por el contrario, nuestra lengua no necesita cambios si no que es el hablante el que incurre en el mal uso del lenguaje? El desdoblamiento de género en las profesiones existe ya, gracias al artículo que antecede a los nombres de profesiones “la modelo”, “la psiquiatra”, “la estudiante” o “la miembro” son palabras femeninas como indica el artículo “la” que las precede. Si antepone el artículo masculino “el” son nombres masculinos. Otra cosa es que se quiera manifestar el género en el propio nombre, algo posible, que ha sucedido históricamente en algunas palabras -por ejemplo, “infanta”, pero no estrictamente necesario. No creo en los cambios en el sistema lingüístico impuestos por decreto, sino por el uso colectivo de la comunidad lingüística. En ese sentido, no creo que deban censurarse esos femeninos, si los hablantes tienen a bien crearlos, ni tampoco, por supuesto, que deban imponerse por ley.

Pero reconoce que hay ciertos aspectos sexistas en nuestro lenguaje. Todas las lenguas reflejan diferencias sociales y cognitivas, pero también son una estructura, un sistema tradicional, heredado y convencionalizado. Muchas veces las estructuras que reflejan quizá dife-

Los y las hablantes no son inocentes, ¿y el lenguaje?

Hace más de medio siglo fueron los movimientos feministas quienes abrieron el debate para poner encima de la mesa que existía un lenguaje que excluía a las mujeres y que era necesario cambiar. 50 años después el mismo debate sigue abierto.

El profesor del CSIC, Álvaro García Meseguer (fallecido en 2009) fue uno de los primeros teóricos que escribió sobre el lenguaje sexista, defendiendo en su ponencia *El español, una lengua no sexista*, que el origen del sexismo lingüístico reside siempre en la ciudadanía hablante u oyente, pero no en la lengua española como sistema. Y apostillaba: “Quienes opinen lo contrario confunden el género con el sexo”. Para Meseguer, los que ven sexismo en el lenguaje confunden sexo con género, pues, decía, el lenguaje no diferencia a mujeres y hombres por su fisonomía, sino que hace distinción de género entre masculino, femenino y neutro, sin establecer connotaciones sexistas. No obstante, no llegó a aclarar por qué entonces, si no hay distinción, el género masculino plural es, por ejemplo, el genérico.

En esta línea, la profesora de investigación y directora del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC, Pilar García Mouton, tampoco considera que haya aspectos sexistas inherentes al lenguaje: “Los aspectos sexistas corresponden a los hablantes, no al lenguaje en sí. El lenguaje evoluciona al mismo ritmo que la sociedad, aunque a veces nos pueda parecer que lo hace con un poco de retraso, porque hay usos antiguos que no desaparecen de un día para otro”. Y añade: “Si se intenta algún tipo de actuación sobre la lengua, lo que habría que hacer es intentar hacerlo sobre las actitudes de los hablantes”. En este sentido, subraya además, que, desde el punto de vista lingüístico, los cambios no pueden establecerse ni sancionarse por decreto, “los cambios reales son los que mueve la comunidad hablante con sus hábitos lingüísticos”. No obstante, asegura, el uso del lenguaje hacia formas más igualitarias “está evolucionando positivamente, porque se ha planteado una reflexión social sobre el tema que ayuda a la sensibilización de todos, y eso es bueno”.

Pero esta afirmación no parece tan clara, al menos para la periodista y presidenta de la Fundación José Saramago, Pilar del Río, que defiende la necesidad de que se modifiquen ciertos usos y expresiones, al margen de que exista una mayor sensibilización en la comunidad de hablantes contra el lenguaje sexista:

“No mejoraría nada de nuestro sistema lingüístico, quiero cambiarlo. Y mientras no se encuentre una fórmula respetuosa, todo en femenino. A ver si por la parodia se entiende que la mitad del mundo no está subordinada. Y nosotras, a ver si dejamos de responder cuando nos llamen en masculino. El lenguaje no describe la realidad, el lenguaje es una herramienta de dominio, la expresión de una realidad”.

Aunque hay muchas parcelas de la vida conquistadas por las mujeres, queda mucho camino por recorrer. Pilar del Río es rotunda: “¿Espacios plenamente conquistados por la mujer? Si ni siquiera hemos conquistado *plenamente* nuestro cuerpo... El lenguaje expresa la realidad: que la sociedad no está codirigida por hombres y mujeres, que ellos se inventaron el poder y la gloria, que escribieron leyes y normas y pretenden que sigamos reproduciéndolas hasta la noche de los tiempos”.

Que las personas son parte responsable en el uso sexista del lenguaje parece un hecho claro, aunque nuestro sistema lingüístico ha perpetuado ciertos usos, acepciones y expresiones que podrían reformarse a favor de una lengua que se acercara más a los cambios sociales que se han impulsado en favor de la igualdad. Pero para alcanzar este objetivo, cambios se proponen muchos desde diversos sectores ¿Son todos necesarios?

Los o l@s, ¿esa es la cuestión?

Una de las primeras reivindicaciones que realizaron las feministas hace medio siglo fue exigir que en los discursos hablados o escritos se incluyeran a ambos géneros (ciudadanos y ciudadanas, señoras y señores...) En la actualidad, éste es uno de los puntos de fricción entre aquellas personas que defienden la inclusión de cambios reales como éste, que visibilicen a las mujeres, y las que consideran que en el español ya existe un uso genérico que incluye tanto al masculino como al femenino.

Para Pilar García Mouton, “el abuso de la duplicación no es bueno y, desde luego, resulta artificial”. Además, añade, “de no ser necesario, es imposible desde la normalidad lingüística mantener todo un discurso, toda una conversación, ni siquiera todo un escrito con duplicaciones. Otra cosa es que se haga referencia, cuando haya ocasión, a la presencia de mujeres y se desambigüe en los casos en los que se advierta una posible ambigüedad”.



«niños y niños», por ejemplo). Las dobles formas son una estrategia más en el camino de visibilizar y de tener en cuenta a las mujeres. No veo de qué otra manera, si no es hablando de trovadoras y trovadores, el alumnado que hace este tema en una clase de literatura pueda entender y aprender que, en efecto, ha habido trovadoras y trovadores. Ojalá se hubieran utilizado dobles formas al investigar sobre el infarto o sobre determinados medicamentos: hablar de «las enfermas y enfermos», de «los y las pacientes» hubiera ocasionado que no se pudieran olvidar a las mujeres, en este caso como objeto de estudio. Seguramente no hubieran tardado tanto en descubrir que las aspirinas no son una terapia adecuada para las mujeres en caso de infarto; seguramente no habrían tardado tanto en darse cuenta de que los síntomas del infarto son distintos en mujeres y en hombres. Seguramente hubieran podido afinar más con las dosis de muchos medicamentos según el sexo de quien los tuviera que tomar.

De otro lado, hay quien opina que la lengua expulsa a las mujeres con el genérico masculino, ¿está de acuerdo? La lengua no expulsa a las mujeres ni a nadie. Desde el momento que nos da recursos para visibilizar a las mujeres hace que sea perfectamente prescindible el uso del masculino como presunto genérico. Será, entonces, quien lo utilice quien las expulse o las invisibilice y no la lengua.

Respecto a la Real Academia de la Lengua, ¿cree que la paulatina incorporación de mujeres a la institución es un síntoma de cambio? Más que de paulatina incorporación se tendría que hablar de un lentísimo e injustificado goteo que habla más de la carundia de la corporación que de los (muchos) méritos de las científicas y creadoras que deberían estar en la Aca-

demia acompañando al puñado que hay. Hasta hace dos días no había, por ejemplo, en sentido estricto ninguna lingüista. Escandaloso. Pensar que no «vieron» a María Moliner...

¿Por qué cree que hay un sector que se opone a modificar ciertos usos? Una razón evidente, al menos en algunos académicos, es que creen que mandan sobre la lengua, da la sensación de que piensan que la lengua se modifica desde arriba; cosa que no deja de ser sorprendente en personas que, en principio, se supone que saben cómo funciona una lengua y cómo se generan los cambios. Es un afán en cierto modo enternecedor. Nadie podría pensar que el inglés funciona mal en algún aspecto. Pues, mira por donde, no hay academia ni institución corporativa que se dedique a limpiarlo, fijarlo y darle esplendor. Que vele por él, que vigile a sus hablantes. Otra también evidente es la enorme reluctancia a aceptar que las mujeres decidan sobre algún aspecto de la lengua, en este caso, que se denominen como quieran. Sólo esto explica que años ha admitieran sin rechistar una anomalía tan estrepitosa como «modisto», cuando un puñado de hombres se autodenominó así para distinguirse y no mezclarse con sus colegas (dicho sea de paso, tampoco les acusaron de intentar acabar con la lengua). «Modistos» es un engendro perfectamente superfluo. Lo demuestra el hecho de que «taxista» denomine tanto a una mujer como a un hombre, al igual que «lampista», «telefonista» o cualquier otra profesión que acabe en «-ista». En cambio, cuando posteriormente una serie de mujeres se autodenominaron con el término «miembras», hubo académicos que pusieron algo más que el grito en el cielo. Y es que una de las cosas que no soportan es que una mujer, que las mujeres, decidan algo sobre la lengua (o quizás en general).



rencias de género se siguen utilizando sin que los hablantes sean conscientes de su valor originario. ¿Somos conscientes hoy de que cuando decimos “adiós” la palabra proviene de una locución que significaba “Quédese con Dios”? ¿Somos conscientes de que “he escrito un libro” significaba en origen “tengo un libro escrito”? ¿O de que “comeré” significaba “he de comer, tengo que comer”?

Comentaba que hay cambios ya interiorizados por los hablantes como el desdoblamiento de género en las profesiones. Sin embargo, hay otros cambios que encuentran más reticencias a la hora de ser asumidos, como la duplicación del género (compañeros y compañeras) ¿Qué opina? En las alocuciones a un auditorio o en el encabezamiento de cartas, no me parece mal si se desea usar en deferencia al auditorio o a los posibles destinatarios, como en “señoras y señores”. Ahora bien, es innecesario ya que el masculino es el género por defecto o no marcado en español y en muchas lenguas indoeuropeas, lo que significa que se emplea en los

conflictos de concordancia. No creo que se deban censurar esos usos ni tampoco imponerse como resultado de una política lingüística.

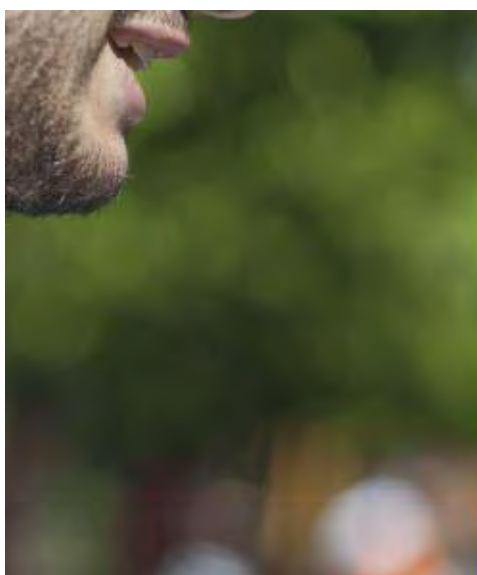
Entonces estará en contra de quien opina que la lengua expulsa a las mujeres con el genérico masculino. Obviamente no puedo estar de acuerdo por lo explicado anteriormente. Es como si decimos que la lengua expulsa al pasado o al futuro con el uso del presente, que también es el tiempo por defecto o no marcado. Con el presente podemos referirnos a hechos presentes, pasados y futuros.

¿Hablan o usan la lengua de la misma forma hombres y mujeres? No del todo. Los sociolingüistas han demostrado que las mujeres tienen más capacidad de percibir lo que es lingüísticamente prestigioso dentro de una comunidad lingüística. Por ello, suelen adoptar las formas que tienen posibilidades de triunfar a medio o largo plazo un poco antes que los hombres. Por otro lado, también hay diferencias de comportamiento lingüístico, igual que las hay de comportamiento social o actitudinal.

Pero Pilar del Río asegura “no sentirse representada”, por ejemplo, en un Congreso que sigue siendo el “de los Diputados”, y dice no sentirse “nombrada ni concernida” cuando en los discursos sólo se utiliza el “señores” y “amigos” sin incluir el femenino, pues entiende que el genérico es masculino y por tanto excluye a las mujeres del discurso.

Al respecto, García Moutón insiste: “La lengua no expulsa a nadie de ningún sitio. En el caso de la nuestra, como pasa en otras lenguas románicas, hay que aceptar que, por razones de evolución histórica, si se habla al mismo tiempo de mujeres y de hombres, el plural masculino cumple la función de plural inclusivo. Si se fija, incluso el participio de los verbos compuestos es invariable en su forma masculina. En español decimos *He llegado*, sin diferenciar si quien llega es hombre o mujer”. Aunque apostilla: “Otra cosa, y eso deberíamos evitarlo las mujeres, es esa tendencia cada vez más general a que, hablando, digamos *Nosotros* en vez de *Nosotras*, cuando nos estamos refiriendo sólo a mujeres”. La periodista y escritora, Maruja Torres, aboga por “devolver protagonismo a lo femenino sin violar el lenguaje. Hay palabras que suenan mal, y para saber cuáles son basta con escribirlas. Imagínense una novela que empezara así: *Aquel primoroso día de mayo, los vascos y las vascas...*”. En cambio, sí cree que hay que ser “muy radical en expresiones machistas e idiotas como, por ejemplo, decir que lo estupendo es *cojonudo* y que lo aburrido es *un coñazo*. O en el castellano de México: una cosa buena es *de padre* y una cosa mala *de madre*.”

La impresión de la profesora García Mouton es que este tipo de usos y expresiones “están desapareciendo, aquellos que provenían de usos socialmente incorrectos, de abusos lingüísticos que reflejaban una mentalidad sexista que hoy no se corresponde con la de la sociedad en general”. En este sentido, añade además, que “la presencia activa de la mujer en los distintos ámbitos públicos está contribuyendo lógicamente a que el uso regule, por ejemplo, la extensión del femenino a todas las profesiones a las que la mujer se ha ido incorporando y a que haya disminuido sensiblemente el número de mujeres que dicen de sí mismas que son *ingeniero, médico, etc.*” Algo que aún no sucede en portugués, según recuerda Pilar del Río, a quien se le niega que use *presidenta*, en femenino, pues “dicen que en portugués *presidente* es quien preside, que no hay género en esa función”. “Vaya que si la hay –apostilla– Yo no acepto esa regla y soy presidenta de una fundación” [La Fundación José Saramago, con sede en Lisboa].



Expresiones, generalizaciones, imágenes, tópicos... aunque la lengua va adaptándose de forma paulatina a los cambios que impone la sociedad, no parece que sea aún uno de los espacios plenamente conquistados por las mujeres. “La evolución es positiva”, afirma no obstante García Mouton, que cree que la sociedad está cada vez más sensibilizada, lo que ayuda a que la lengua se acerque cada vez más a las mujeres. Para Maruja Torres, esa conquista aún no ha llegado del todo. Precisamente, “porque las áreas de poder se han apoderado de la reivindicación y lo han convertido en una pieza más de lo *políticamente correcto*, desvirtuándolo”.

El debate está servido y la conquista de la plena igualdad entre hombres y mujeres, encima de la mesa. Quizá esa conquista de la lengua por parte de la igualdad sea uno de los retos a los que se enfrenta, hoy por hoy, el feminismo. Y es que, como advierte Maruja Torres: “No es éste un asunto a corto plazo que se logra y ya está. El feminismo es, tiene que ser, una forma de ser. La perpetua rebeldía de la mujer en aras de cambiar el mundo y tener el puesto que merece en la nueva sociedad. Como ven, queda mucho por hacer”. Y apostilla: “Es idiota pensar que el machismo retrocede por su propia convicción. Sólo lo hace si nosotras avanzamos”. —



BUENAS Y MALAS PRÁCTICAS EN EL COLE (Y MÁS ALLÁ)

La Asociación Andalucía por la Enseñanza Pública tiene claro que cambiar mentalidades y actitudes es difícil, aunque no imposible. Por eso se han propuesto elaborar un manual de *Buenas y Malas Prácticas en el Lenguaje Sexista*, con el fin de que el alumnado andaluz tome conciencia de los usos y expresiones que impiden la visibilización de la mujer. En este manual incluirán ejemplos de anuncios publicitarios, artículos y noticias que incurren en buenas y malas prácticas, a fin de que, una vez elaborado, pueda servir como material didáctico en las clases.

Pero eso no es todo, en base a este proyecto de *Buenas y Malas Prácticas en el Lenguaje Sexista* la asociación ha denunciado a 14 Gobiernos de Comunidades Autónomas que "tienen todos los modelos de estatutos en un lenguaje totalmente sexista", explica Manuel Salido Freyre, presidente de la entidad, que asegura que la asociación cuenta con el apoyo de los distintos Defensores y Defensoras del Pueblo.

La Asociación Andalucía por la Enseñanza Pública es una entidad sin ánimo de lucro, creada en 2007, de la mano de expresidentes de Federaciones de Madres y Padres de Alumnado, profesorado y ciudadanos y ciudadanas que defienden la Escuela Pública.

“A ver si por la parodia se entiende que la mitad del mundo no está subordinada. Y nosotras, a ver si dejamos de responder cuando nos llamen en masculino. El lenguaje no describe la realidad, el lenguaje es una herramienta de dominio, la expresión de una realidad”.